

La corona final

Señora tomando sopa

Detrás del vaho blanco está la orden, la invitación o el ruego,
cada uno encendiendo sus señales,
centelleando a lo lejos con las joyas de la tentación o el rayo del peligro.
Era una gran ventaja trocar un sorbo hirviente por un reino,
por una pluma azul, por la belleza, por una historia llena de luciérnagas.
Pero la niña terca no quiere traficar con su horrible alimento:
rechaza los sobornos del potaje apretando los dientes.
Desde el fondo del plato asciende en remolinos oscuros la condena:
se quedará sin fiesta, sin amor, sin abrigo,
y sola en lo más negro de algún bosque invernal donde aúllan los lobos
y donde no es posible encontrar la salida.

Ahora que no hay nadie,
pienso que las cucharas quizá se hicieron remos para llegar muy lejos.
Se llevaron a todos, tal vez, uno por uno, hasta el último invierno, hasta la otra orilla.
Acaso estén reunidos viendo a la solitaria comensal del olvido,
la que traga este fuego,
esta sopa de arena, esta sopa de abrojos, esta sopa de hormigas,
nada más que por puro acatamiento,
para que cada sorbo la proteja con los rigores de la penitencia,
como si fuera tiempo todavía,
como si atrás del humo estuviera la orden, la invitación, el ruego.

Tú, la más imposible

A Yola

Como garra de puma es esta pena,
como sangre que cae a sobresaltos de un adiós a otro adiós,
como arena de vidrio entre los dientes.
Es la cuota definitiva de la soledad, el saldo de la herencia.
Voy a mirar atrás la parte que me dejas.
Voy a partir en dos nuestras hogueras,
el palomar, los soles, las tormentas, las quintas y los médanos.
Quiero partir en dos lo indivisible.
Pero entonces se desmorona el mundo, se me desteje todo el universo.
Porque sólo eran míos y nada más que míos

los rincones del miedo y las lentas ortigas de la penitencia,
y apenas, ni siquiera.

Mío sólo es el luto.

Ahora soy yo sola para toda la pena.

Y la casa se va, la casa insomne
que se levanta y anda entre las ruinas se va yendo contigo.

El carruaje encantado, el carruaje de risas, el carruaje de fiesta,
se bambolea, oscila,
cruje bajo la luna con sus preciosos huesos:
se ha vestido esta vez de blanco carromato de la muerte.

Tú estás diciendo adiós desde lo alto;
saludas alejándote, como desde la pista de algún circo perverso.

Tu prueba fue rodar magistralmente por el tejado hasta la canaleta,
como en aquellas siestas, como en ésta.

¿Y si saltaras desde ayer hasta hoy,
si estuvieras cayendo todavía del árbol al estanque
y surgieras de pronto coronada de dueña del verdín para esta hora,
así como demora siglos en llegar la luz de las estrellas?

Vertiginoso y lento también fue tu esplendor,
y así fue tu plumaje

—la tibia cabellera de la selva desplegada en la ola—.

Nadie tuvo en los ojos tanto fulgor de antorchas,
tantas chispas de luciérnagas ebrias en la noche cerrada,
ni en la boca una risa tan semejante a un vuelo en pleno mediodía.

Nadie tendrá después ese perfume de ámbar y canela,
ese vaho que asciende al levantar las piedras de nuestra propia tribu,
ese aliento de espuma que nos llega de remotísimas orillas.

Bajo las mismas alas

el viento susurró en nuestros oídos distintas melodías:
a ti te dictó el canto seductor de la dicha en un jardín cautivo
y bordaste tu casa para una larga fiesta, contra humaredas y tormentas,
porque tuyo era el hilo y tuya era la trama del tapiz.

Tu ciencia fue trocar en prodigio cada error
y en convertir las culpas y las furias en un grano de sal,
la inconstancia en un soplo y los remordimientos en escombros.

Pintaste de colores brillantes los fracasos
y pudiste cubrir tus retiradas con huesos para perros y jirones dorados.
¡Ah tu alquimia secreta para lograr el filtro del olvido!

Conseguiste borrar las capitales de la oscuridad, los ríos del abismo.

Apenas si retenías un puñado de perlas ganadas al destino.

Tu museo cabía en la memoria de un pájaro feliz.

No sé si recordabas el chirrido de la roldana del aljibe

cuando el balde subía cargado de regalos en las celebraciones infantiles.
 A veces vuelvo a oír ese mismo sonido destemplado
 cuando el insomnio arroja un cubo de agua amarga sobre mi rostro frío.
 Pienso si aún recordarás que fuimos ángeles, girasoles, Julietas y hechiceras.
 Ahora ya eres reina. Tú llegaste primero,
 y ahora soy apenas poco más que mendiga en el final de la carrera.
 Tú ya lo sabes todo,
 y hasta podrás mirar por dentro un hormiguero, así como querías,
 y acaso sea el mundo,
 el mismo mundo de las emboscadas donde algo jugó mal;
 te atrapó a tientas alguna sombra informe, la sustancia innombrable,
 y estampó a sangre y fuego en tu costado la mancha venenosa.
 No pudiste cambiar el desenlace,
 corregir el color de un cielo de amenazas,
 volver atrás las últimas puntadas del prolijo tapiz.
 Tú, el más imposible de los muertos.
 Ahora vas en coche, vas en casa que rueda por el blanco arenal,
 y ya no puedo hablarte a través del espejo, como siempre,
 como cuando cambiábamos sonrisas y secretos sólo con las imágenes hermanas,
 sólo con los reflejos.
 Pero debo decirte que a tus plantas las abatió esa tarde una ráfaga helada
 y tus pájaros sueltos aletean y chocan contra la oscuridad.
 No, no estoy escondida en un armario
 ni juego a que me parten de nuevo el corazón.
 Estoy aquí para apagar las luces, para cerrar las puertas
 cuando vuelva por mí la casa en que te vas.

La mala suerte

Alguien marcó en tus manos,
 tal vez hasta en la sombra de tus manos,
 el signo avieso de los elegidos por los sicarios de la desventura.
 Su tienda es tu morada.
 Envuelta estás en la sombría lona de unas alas que caen y que caen
 llevando la distancia, dondequiera que vayas,
 sin acertar jamás con ningún paraíso a la medida de tus tentaciones,
 con ningún episodio que se asemeje a tu aventura.
 Nada. Antros donde no cabe ni siquiera el perfume de la perduración,
 encierros atestados de mariposas negras, de cuervos y de anguilas,
 agujeros por los que se evapora la luz del universo.
 Faltan siempre peldaños para llegar y siempre sobran emboscadas y ausencias.
 No, no es un guante de seda tu destino.

No se adapta al relieve de tus huesos ni a la temperatura de tu piel,
y nada valen trampas ni exorcismos,
ni las maquinaciones del azar ni las jugadas del empeño.
No hay apuesta posible para ti.
Tu lugar está enfrente del sol que se desvía o de la isla que se aleja.
¿No huye acaso el piso con tus precarios bienes?
¿No se transforma en lobo cualquier puerta?
¿No vuelan en bandadas azules tus amigos y se trueca en carbón el oro que tú tocas?
¿Qué más puedes pedir que estos prodigios?
Cuando arrojas tus redes no recoges más que vasijas rotas,
perros muertos, asombrosos desechos,
igual que el pobrecito pescador al comenzar la noche fantástica del cuento.
Pero no hay desenlace con aplausos y palmas para ti.
¿No era heroico perder? ¿No era intenso el peligro? ¿No era bella la arena?
Entre tu amado y tú siempre hubo una espada;
justo en medio de la pasión el filo helado, el fulgor venenoso
que anunciaba traiciones y alumbraba la herida en el final de la novela.
Arena, sólo arena, en el fondo de todos los ojos que te vieron.
¿Y ahora con qué lágrimas sazonarás tu sal,
con qué fuego de fiebres consteladas encenderás tu vino?
Si el bien perdido es lo ganado, tus posesiones son incalculables.
Pero cada posible desdicha es como un vértigo,
una provocación que la insaciable realidad acepta, más tarde o más temprano.
Más tarde o más temprano,
estás aquí para que tu temor se cumpla.

Se levanta en la noche y anda

La aflicción mayor es la del porvenir traicionado
Gastón Bachelard

«Ojalá nos hubieran devorado los monos
bajo el ácido aliento de aquella callejuela del mercado,
en el amanecer húmedo y gris.»
«Ojalá nos hubiéramos envenenado con aquellas almendras tan amargas,
mientras brillaba como nunca el sol.»
«Ojalá te comieran el corazón los perros todavía,
bien lejos, amor mío,
los perros en la noche que te apartó de mí.»
¿Quién maldice en voz baja?
¿Quién susurra como nodriza loca entre los aleteos de la oscuridad?